

# La Historia Antigua y la investigación del fenómeno histórico

GÉZA ALFÖLDY

1

Si yo fuese invitado a dar una conferencia sobre la situación y el cometido de la Historia Antigua en vez de hoy hace diez años, evidentemente que no habría escogido como título para especificar el tema «La Historia Antigua y la investigación del fenómeno histórico», con lo que se evocaría —como se hubiese dicho entonces— una discusión sobre la situación presente de nuestra disciplina puramente dentro de sus propios límites<sup>1</sup>. En aquellos años el título de un informe sobre el estado de nuestros conocimientos o de una conferencia de tipo programático no habría podido sonar de modo muy distinto a algo así como «El sentido de la Historia Antigua», o tal vez «¿Qué puede ofrecernos todavía hoy la Historia Antigua?»<sup>2</sup>. Si ya antes la crítica del historicismo, junto con la desaparición de la conciencia histórica y la quiebra del ideal de cultura clásica en la sociedad industrial tardía, habían permitido al historiador percibir aquella «pérdida de la Historia» descrita por Alfred Heuss<sup>3</sup>, fueron a su vez hechos como la revolución de las ideas durante la

---

<sup>1</sup> El presente trabajo, con ligeras modificaciones, corresponde al texto de una conferencia pronunciada el 28-6-1982 en Düsseldorf en la fiesta de celebración del décimo aniversario del Seminario de Historia Antigua de aquella universidad. El carácter de conferencia del texto ha sido mantenido deliberadamente. Por la traducción del manuscrito alemán al español expreso mi más afectuoso agradecimiento al señor V. Alonso Troncoso, Madrid.

<sup>2</sup> De Chr. Meier es el título «Was soll uns heute noch die Alte Geschichte», en *Entstehung des Begriffs "Demokratie". Vier Prolegomena zu einer historischen Theorie*, Frankfurt, 1970, pp. 151 ss.; y de G. Alföldy, «Der Sinn der Alten Geschichte», en G. Alföldy-F. Seibt-A. Timm (ed.), *Probleme der Geschichtswissenschaft*, Düsseldorf, 1973, pp. 28 ss. Sobre la situación, entonces, de la Historia Antigua en la República Federal, cf. también G. Alföldy, «Beobachtungen zur Lage der Althistorie in der Bundesrepublik», en H. Flashar-N. Lobkowitz-O. Pöggeler (ed.), *Geisteswissenschaft als Aufgabe*, Berlin-New York, 1978, pp. 194 ss., y R. Günther, *Alte Geschichte in Studium und Unterricht*, Stuttgart-Berlin-Köln-Mainz, 1978, cada uno de ellos con más bibliografía.

<sup>3</sup> A. Heuss, *Verlust der Geschichte*, Göttingen, 1959.

llamada revuelta estudiantil y algunas medidas político-culturales acorde con una ideología educativa estrecha de miras, los que crearon más que nunca un sentimiento tal de inseguridad que un joven historiador de aquel entonces, deseoso de exponer a la opinión pública el significado y la actualidad de su disciplina, se habría sentido obligado antes de nada a justificar de alguna forma la existencia misma de su saber. Tal cosa suponía en la mayor parte de los casos salir en defensa de la «relevancia social» de la Historia Antigua, lo que no dejaba de ser tarea harto problemática.

Pues bien, todo esto forma parte en amplia medida de lo histórico. El papel que hoy día juega o ha de jugar la Historia a través de su función crítica y formadora de las conciencias precisa de tan pocas aclaraciones como el hecho de que una ciencia del pasado humano resulta tan inconcebible sin la Historia Antigua como, pongamos por caso, sin la Historia Medieval. Si todavía hace sólo un decenio que los estudiantes de Historia podían pasarse horas enteras discutiendo sobre este tipo de cuestiones, sus compañeros de hoy día en cambio parecen poseer la sabiduría de Goethe, quien solía dar siempre a Eckermann por toda explicación sobre la evidencia de las cosas una misma respuesta: «Mi querido amigo, es que es precisamente así.» Si preguntásemos en general para qué está ahí la Historia, o más concretamente la Historia Antigua, y en qué sentido podría ser ésta beneficiosa, apenas habría alguien que por de pronto no respondiese que su finalidad reside en la investigación del fenómeno histórico, en la investigación científica del «total de aquello que ha acontecido a lo largo del tiempo, hasta donde pueda dar cuenta de ello nuestro saber»<sup>4</sup>. Cuando más, tras esta pregunta a la que ya dio respuesta Droysen, cabría suscitar una segunda cuestión, a saber, qué hemos de hacer con el hecho histórico. Seguramente se daría también en este punto un consenso en la posición de base. En líneas esenciales podría ésta responder a la formulación hecha por H. Heidegger: La Historia, con el tiempo sometido a nuestro pensamiento ordenador y por ello mismo con el dominio de nuestro pasado, no ofrece en verdad ninguna receta mágica para nuestro futuro, pero sí una ayuda para orientarnos libremente en nuestro propio mundo<sup>5</sup>. Con Th. Schieder podríamos expresarlo de forma más simple: La Historia «aporta el caudal de experiencias necesario para verificar todo lo que el hombre es capaz de realizar, así como lo que escapa a sus fuerzas»<sup>6</sup>.

La investigación del fenómeno histórico significa en el caso de la Historia Antigua, al contrario de las restantes ciencias de la Antigüedad, iluminar el pasado del mundo greco-romano y de sus ámbitos periféricos a través de un planteamiento histórico y solamente histórico; es decir, supone comprender y explicar los acontecimientos y situaciones de aquel tiempo que nos transmi-

<sup>4</sup> J. G. Droysen, *Historik. Vorlesungen über Enzyklopädie und Methodologie der Geschichte*, ed. por R. Hübner, 2.<sup>a</sup> ed., München-Berlin, 1943, p. 6.

<sup>5</sup> H. Heidegger, *Über Geschichte und Geschichtswissenschaft in unserer Zeit*, Göttingen, 1959, p. 14.

<sup>6</sup> Th. Schieder, en Th. Schieder-K. Gräubig (ed.), *Theorieprobleme der Geschichtswissenschaft*, Darmstadt, 1977, p. 384.

ten las fuentes como partes de un proceso continuo, sujetos a los condicionantes de la época e insertos en una misma cadena de causas y efectos. De ahí surge para la Historia Antigua, tanto hoy como ayer y como mañana, una necesidad de autorreflexión, y aún más de justificación científica. Esta ha de someterse a la pregunta de si nuestra disciplina, que por su objeto de estudio pertenece a las ciencias de la Antigüedad y por su planteamiento a las ciencias históricas, cumple su función —la investigación del pasado desde un punto de vista histórico— conforme a las exigencias de nuestra época y de forma idónea. Frente a esta cuestión no debiera la Historia Antigua en Alemania contentarse simplemente con salir airosa del desafío que se nos planteaba a finales de los años sesenta y en la primera mitad de los setenta. No solamente representantes de otras disciplinas reprochan en ocasiones a sus colegas de Historia Antigua una capacidad raquítica para la reflexión, pobreza teórica, carencia de modelos e insuficiencias de método; incluso representantes de la Historia Antigua, y en especial de la generación más joven de historiadores, se va apoderando la sensación de que ésta especialidad sigue cada vez menos el paso de las restantes ciencias históricas, sino que incluso se ha quedado muy por detrás de todas ellas. ¿Acaso no se lanzó hace cuestión de diez años a la historiografía alemana la provocativa pregunta de «cómo llegamos al siglo XX»?<sup>7</sup>. En realidad sería ya hora de empezar a plantearnos el problema de cómo vamos a entrar en el siglo XXI y con él en un nuevo milenio; ciertamente que aquellos de nuestros colegas que se hacían la citada pregunta —y aun no sólo ellos— seguirán hoy pensando que la investigación en Historia Antigua en la República Federal de Alemania se mueve en buena parte todavía más al nivel de la historiografía decimonónica que al de la del siglo XX, a juzgar, sin ir más lejos, por una publicación como la aparecida en 1977 bajo el título «Bibliographie zur Geschichtstheorie», en la que sobre un total de más de 3.500 publicaciones de teoría y metodología históricas, apenas figuran trabajos de Historia Antigua<sup>8</sup>.

Con todo, no debiera pensarse que se trata de un problema «típicamente alemán». Dentro de la Historia Antigua inglesa el libro de F. Millar «The Emperor in the Roman World», ciertamente una de las obras más importantes escritas sobre la figura del emperador en Roma, llegó a ser criticado por K. Hopkins como una monografía que por el planteamiento excesivamente «apegado a las fuentes», la ingenuidad metodológica y la carencia de modelos de su autor, «follows to the letter many of the canons of orthodoxy still dominant among ancient historians» y como tal, en suma, es «a model how ancient history should not be written»<sup>9</sup>. Pero quizá más ilustrador todavía pueda serlo la manera en que el propio Millar enjuicia el estado de su

<sup>7</sup> J. Cobet, «Wie kommen wir in das zwanzigste Jahrhundert? Eine Auseinandersetzung mit Christian Meiers Prolegomena zu einer historischen Theorie», *Chiron* 3, 1973, pp. 15 ss.

<sup>8</sup> H. Berding, *Bibliographie zur Geschichtstheorie*, Göttingen, 1977.

<sup>9</sup> K. Hopkins, «Rules of Evidence», *JRS* 68, 1978, pp. 178 ss., concretamente p. 179. Comentarios alemanes a la obra de F. Millar, *The Emperor in the Roman World* (31 B.C.-A.D. 337), London, 1977: H. Galsterer, *Gött. Gel. Anz.* 232, 1980, pp. 72 ss., y J. Bleicken, «Zum

especialidad. Este autor no sólo considera el tipo de historia practicado por su maestro, Sir Ronald Syme, sin discusión uno de los más grandes historiadores de la Antigüedad, como «old-fashioned», lo que seguramente resulta exacto toda vez que Syme, basándose en Tácito y Eduard Gibbon, era eso y no otra cosa lo que se proponía; también en opinión de Millar queda anticuada casi toda la producción historiográfica en la Historia Antigua desde la Segunda Guerra Mundial —incluida la propia, por lo que se ve— si la comparamos con las tendencias que se ofrecían en el resto de las ciencias históricas<sup>10</sup>.

Afirmaciones como éstas suponen precisamente un reto y nos hacen reflexionar sobre la marcha actual de la investigación del fenómeno histórico en la Historia Antigua. Por razones obvias, resulta del todo imposible en estas páginas dar una visión general que comprendiese cada una de las épocas de la historia griega y romana en sus diferentes niveles (constitucional, social, económico, etc.) e incluso que contemplase las disciplinas especiales, como, por ejemplo, la epigrafía y la numismática. Más bien, lo que aquí pretendo es discutir el estado actual y el cometido presente de nuestra especialidad, fijándome en aquella pregunta general a cuya respuesta queda sujeta cualquier investigación histórica y a la que cada generación ha de dar contestación de forma nueva y específica: ¿Hasta qué punto nuestros conocimientos del pasado representan una comprensión auténtica del hecho histórico? Así, pues, quiero centrarme en aquellos tres problemas principales sobre los que reposa básicamente la mencionada cuestión, esto es, la problemática de las fuentes, los métodos y el enfoque histórico, a partir de los cuales ha de derivarse nuestra visión del pasado<sup>11</sup>. ¿En qué medida son fiables nuestras fuentes y cómo hemos de vérnoslas con ellas? ¿Hasta qué punto se adecúan nuestros métodos a la tarea de investigar la realidad histórica? Y ¿hasta qué punto podemos hacernos cargo de dicha realidad histórica condicionados como estamos no sólo por el estado de las fuentes y la metodología, sino también por nuestra propia experiencia histórica? Quiero hacer hincapié en el hecho de que espero dar respuesta a estos interrogantes no sólo desde una posición puramente teórica, como haría un teórico de la ciencia, sino también, y muy especialmente, a partir de la praxis investigadora, es decir, teniendo presente el ejemplo de trabajo de historiadores de la talla de Andreas Alföldi, Hans-Georg Pflaum y Sir Ronald Syme, y ateniéndome a lo que supone todo quehacer concreto con la Historia, siguiendo así la observación de Droysen, quien, fiel al significado original del término griego *Historia*, describía el modo de trabajar del historiador con la expresión «*forschend zu verstehen*» («comprender al investigar»)<sup>12</sup>.

Regierungsstil des römischen Kaisers. Eine Antwort auf Fergus Millar», *Sitz.-Ber. d. Wiss. Ges. an der Johann Wolfgang Goethe Universität Frankfurt am Main*, vol. XVIII, núm. 5, Wiesbaden, 1982.

<sup>10</sup> F. Millar, *JRS* 71, 1981, p. 152.

<sup>11</sup> Cf. sobre ello G. Alföldy, en *Probleme der Geschichtswissenschaft* (vide supra n. 2), pp. 32 ss.

<sup>12</sup> J. G. Droysen, *op. cit.* (vide supra n. 4), p. 328.

## 2

«La cuestión de las fuentes..., desde que existe historiografía y tanto más desde que existe ciencia de la Historia, constituye la cuestión fundamental del cualquier tentativa historiográfica»<sup>13</sup>. Esta conclusión a la que había llegado Th. Schieder ya no resulta hoy evidente para todo el mundo. De todos es sabido que las fuentes disponibles en Historia Antigua (literarias, epigráficas, papirológicas, numismáticas y arqueológicas) resultan fragmentarias en demasía, y a cualquiera de nosotros nos consta que las reconstrucciones históricas que reposan sobre dichas fuentes resultan a menudo discutibles o probablemente falsas. Fueron unas mismas fuentes en efecto las que sirvieron para fundamentar o refutar que la vida política en la Roma republicana se basaba en la existencia de facciones nobiliarias permanentes, constituidas sobre relaciones de parentesco y de carácter personal más amplio; y fueron también unas mismas fuentes las que a un mismo tiempo parecen haber dado pie a interpretaciones tan dispares sobre la personalidad de Augusto como las de W. Weber y R. Syme: Si en la pluma del primero el fundador del principado quedaba canonizado por su desprendimiento, su severidad moral, su magnánima liberalidad e igualmente la fuerza fecunda y afortunada de la moderación, en la del segundo el primer princeps se convertía en un aventurero sin escrúpulos, el más grande hipócrita de la historia y el menos sincero de todos los hombres<sup>14</sup>.

En los trabajos contemporáneos de Historia Antigua pueden rastrearse dos líneas interpretativas radicalmente distintas, que persiguen paliar o resolver el problema del estado de nuestras fuentes. La mayor parte de los historiadores de la Antigüedad confía en éstas y prefiere prescindir en la medida de lo posible de otras bases de conocimiento. F. Millar ha resumido de la mejor manera lo esencial de esta postura: «It is essential not merely to attend to the penumbras of attitudes and expectations expressed in those ancient sources which provide our evidence, but, so far as is possible, to base our conceptions solely on those attitudes and expectations»<sup>15</sup>. Consecuentemente muchos de estos investigadores se esfuerzan en beneficio del progreso de nuestros conocimientos históricos por aumentar el cúmulo de las fuentes, como en todo tiempo han venido haciendo los representantes de la Historia Antigua. Se trata en este caso de presentar de manera muy acabada, con

<sup>13</sup> Th. Schieder, *op. cit.* (vide supra n. 6), p. 362.

<sup>14</sup> «Teoría de facciones»: vide esp. H. H. Scullard, *Roman Politics 220-150 B.C.*, Oxford, 1951, y L. Ross Taylor, *Party Politics in the Age of Caesar*, Berkeley-Los Angeles, 1949, y en contra esp. Chr. Meier, *Res publica amissa. Eine Studie zu Verfassung und Geschichte der späten römischen Republik*, Wiesbaden, 1966, nueva ed. Suhrkamp Verlag, 1980, pp. 182 ss. Las opiniones citadas sobre Augusto corresponden a W. Weber, *Princeps. Studien zur Geschichte des Augustus*, Stuttgart-Berlin, 1936, p. 99 y R. Syme, *The Roman Revolution*, Oxford, 1939, pp. 427, 454 y 439. Sobre esta controversia de pareceres vide G. Alföldy, «Sir Ronald Syme, Die römische Revolution und die deutsche Althistorie», *Sitz.-Ber. d. Heidelberger Akad. d. Wiss., Phil.-hist. Kl.*, Jg. 1983, n. 1, Heidelberg, 1983.

<sup>15</sup> F. Millar, *The Emperor in the Roman World*, p. XI.

textos inmejorables y detallados comentarios, fuentes conocidas de siempre, como, por ejemplo, las obras de los historiadores antiguos, pero también de buscar y publicar otras piezas de información como inscripciones, papiros, monedas y monumentos a ras de suelo, o simplemente de facilitar el uso cómodo y rápido de fuentes nuevas y antiguas en ediciones completas, como por caso en los suplementos del *Corpus Inscriptionum Latinarum* o en los catálogos numismáticos de la *Germania Romana*. El lugar que este tipo de investigación básica mantiene en la *Historia Antigua* y ciencias conexas puede calibrarse si pensamos que en cada uno de los volúmenes del «*Bulletin Analytique d'Histoire Romaine*» la bibliografía sobre las «*Sources*» ocupa aproximadamente los dos tercios del total.

A su vez, otros investigadores son de la opinión de que de este modo se consigue tan sólo un avance cuantitativo, esto es, ampliar el número de fuentes que adolecen de similares insuficiencias, sin que podamos por ello alcanzar un nivel cualitativamente distinto, que es el que hemos de exigirnos para hacer verdaderamente fructífero para la *Historia* dicho material informativo. Lo que estos autores piden es un distanciamiento de las fuentes, que según ellos necesitamos, pues se trata de hacer un uso correcto de éstas, pero partiendo de un modelo lógico no derivado precisamente de ellas. Con la mayor claridad posible ha formulado esta pretensión K. Hopkins. La recopilación y el aprovechamiento acumulativo de las fuentes para un problema histórico no son suficientes: «To be sure, historians should master the evidence, but they should also, I think, in some sense transform and perhaps even transcend the originals and so build something which is both trustworthy in its derivation and recognizably different from the sources themselves»<sup>16</sup>. Con ello no es que se detraiga en modo alguno nuestra atención de las fuentes; más bien lo que se pide es su manejo conforme a un modelo fundamentado sistemáticamente, el cual ha de ser trazado en un espacio «libre de fuentes» y en base a una teoría no influida por éstas.

Se puede naturalmente ir más allá aún y dejar de lado total o muy considerablemente las fuentes, como hace poco tiempo hacía un joven historiador alemán en su obra «*Imperiale Herrschaft und provinziiale Stadt*», y por cierto con la siguiente argumentación: «El enfrentamiento entre distintas teorías en *Historia* no puede... consistir primariamente en un cambio de golpes a base de material empíricamente adquirido, sino que ha de esforzarse ante todo por aclarar aquello que es lo científicamente dudoso de un objeto histórico», suponiendo en este caso que no hay derecho a que algunas teorías «se vean fácilmente desacreditadas por el hecho de que se invoque datos en su contra, que —cuando así se quiere— pueden encontrarse siempre en el complejo estructurado de la realidad»<sup>17</sup>. Aun a sabiendas de su dureza, he de decir que a propósito de esto me vienen a la memoria aquellos

<sup>16</sup> K. Hopkins, *JRS* 68, 1978, p.185.

<sup>17</sup> M. Stahl, *Imperiale Herrschaft und provinziiale Stadt. Strukturprobleme der römischen Reichsorganisation im 1.-3. Jh. der Kaiserzeit*, Göttingen, 1978, p. 182. Cf. mi recensión en *Gymnasium* 86, 1979, pp. 419 ss.

párrafos escritos por mi colega de Heidelberg Hans-Joachim Zimmermann, sobre teoría y fuentes en su especialidad de filología inglesa: Le inquietaba más —reconocía— una fuente aún no descubierta que la interpretación número cien sobre un mismo problema, algo más matizada que la número noventa y nueve, ya de por sí más que suficiente; como también se le antojaba de segunda mano la frecuente discusión teórica sobre obras de arte como el cantar de los ancianos de Troya al contemplar a la bella Helena<sup>18</sup>. La investigación histórica que renunciase al examen de las fuentes disponibles sería no sólo teóricamente absurda, pues en tal caso nada tendríamos que investigar —y con el mismo derecho cabría entonces estudiar cualquier fenómeno del pasado sobre el que no nos quedase testimonio alguno—, sino también irrealizable, puesto que ningún historiador serio renunciaría a verificar si las nuevas fuentes que van apareciendo modifican o no nuestros conocimientos prevalentes. En este sentido resulta completamente secundario si nuestras fuentes son defectuosas o parciales y en qué medida lo son. «One uses what one has, and there is work to be done», reza una máxima de Sir Ronald Syme citada a menudo<sup>19</sup> y que hasta el momento no ha podido ser sustituida por ninguna premisa más convincente. Personalmente pertenezco no sólo a los incorregibles que mantienen la opinión de que las fuentes han de ser en adelante el punto de partida de cualquier investigación histórica, sino que voy más allá y me atrevo incluso a afirmar que la búsqueda y publicación de nuevas fuentes constituye un paso previo para el desarrollo de toda ciencia histórica y al mismo tiempo un apartado importante de ésta y muy actual hoy día. Puesto que apenas afluyen fuentes literarias y su elaboración previa constituye, en primer término, un dominio de la filología clásica, los historiadores de la Antigüedad tienen que esforzarse de manera muy especial por aportar otras fuentes, y por lo que se refiere a éstas, en vista de la división del trabajo que se ha impuesto con las ciencias vecinas, debieran demostrar una especial preparación en epigrafía y numismática, no siendo preciso recordar, por lo demás, que las fuentes literarias, con todo, siguen siendo en líneas generales el testimonio más importante para la investigación del fenómeno histórico, o en este mismo orden de cosas, que hoy día la Historia Antigua resulta inconcebible sin el complemento de la arqueología.

Si la relevancia de las llamadas ciencias auxiliares de la Historia Antigua se ha visto tan incrementada, ello tiene dos explicaciones. Se trata, en primer lugar, de las posibilidades que aquí se presentan para la obtención inmediata de nuevos conocimientos. Es cierto que cada generación de historiadores, con nuevos planteamientos y nuevos métodos, descubre siempre algo nuevo en fuentes ya conocidas, lo que responde plenamente a la afirmación de Jakob Burckhardt de que en la obra de Tucídides cabe siempre algo de primerísima

<sup>18</sup> H.-J. Zimmermann, *Heidelberger Akad. d. Wiss., Jahrbuch*, 1978 (1979), p. 122.

<sup>19</sup> R. Syme, *JRS* 58, 1968, p. 145 = *Roman Papers*, Oxford, 1979, II, p. 711.

importancia que quizá descubra alguien al cabo de cien años<sup>20</sup>. Pero en todo caso es evidente que son las nuevas fuentes las que conducen más rápidamente a nuevos conocimientos. ¿Acaso el solarium Augusti descubierto por E. Buchner no ha cambiado decisivamente nuestras concepciones sobre la ideología de gobierno del primer princeps, quien en sus *Res Gestae* se consideraba a sí mismo con tanta modestia, invocando únicamente su auctoritas sobre los otros hombres, y en cambio en el simbolismo alambicado de su reloj de sol se dejaba ver más como dios que como mortal?<sup>21</sup>. En segundo término, hay que subrayar el hecho de que sobre nuestra generación recae una especial responsabilidad, dado el creciente número de fuentes utilizables. La mayor parte de éstas salen a la luz como consecuencia de los cambios operados en nuestro entorno por las obras de construcción, las de saneamiento urbano o los trabajos agrícolas. Quiero ilustrar aquí con el ejemplo de la epigrafía romana en qué proporción dentro del ámbito geográfico de las antiguas culturas han aparecido nuevas fuentes para la investigación en los últimos decenios como consecuencia de esa violencia contra el medio. Mientras que en cada uno de los números de «L'Année Épigraphique» hasta aproximadamente 1965 se recogían anualmente como mucho del orden de 200 a 300 nuevas inscripciones romanas, hoy día se eleva la aportación anual de nuevos textos en esta publicación a casi un millar, cambio que no radica en un mayor esmero de los editores, sobre todo si pensamos que al igual que antes siguen sin publicarse aquí todos los nuevos textos. En la Península Ibérica se contaba no hace aún el siglo, en el momento de terminarse el tomo II del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, con unas 6.000 inscripciones romanas; en la actualidad disponemos de unos 15.000 textos, redondeando también las cifras, y eso que se ha perdido más de un tercio del material incluido en el antiguo CIL y que cerca de un tercio de éste precisa de revisión. Lo que hoy día no resulta salvado y queda abierto a la investigación, acaba perdiéndose en su mayor parte. Según S. Panciera, aparecen hoy en Italia por término medio unas 1.000 nuevas inscripciones romanas al año, de las cuales sin embargo sólo una de cada diez conocen la publicación<sup>22</sup>; el resto se pierde, en el mejor de los casos, en los depósitos de los museos y también con demasiada frecuencia en otros lugares. Algo parecido se podría afirmar asimismo, *mutatis mutandis*, en relación a los papiros, monedas y más aún en lo referente a los monumentos arqueológicos. Si nuestros colegas del siglo XXI, al mirar hacia atrás, llegasen a reprocharnos deficiencias teóricas, no sería esto después de todo tan penoso como el reproche de que no nos hubiéramos preocupado suficientemente del aprove-

<sup>20</sup> J. Burckhardt, *Weltgeschichtliche Betrachtungen*, ed. por W. Hansen, Detmold-Hiddesen, 1947, p. 24.

<sup>21</sup> E. Buchner, «Solarium Augusti und Ara Pacis», *RM* 83, 1976, pp. 319 ss.; *idem*, *Horologium solarium Augusti. Vorbericht über die Ausgrabungen 1979/1980*, *ibid.* 87, 1980, pp. 355 ss.

<sup>22</sup> S. Panciera, en *Soprintendenze speciali ed altri istituti analoghi nella loro organizzazione e nei loro rapporti con le soprintendenze territoriali alle antichità*, Roma, 1974, pp. 45 ss., esp. p. 49.



chamiento para las ciencias de todo ese caudal informativo que hoy día afluye hasta nosotros.

Con todo ello no se quiere decir sin más que la presentación y el uso inmediato de cada una de las fuentes sean identificables con la investigación del fenómeno histórico. Estoy de acuerdo con K. Hopkins en que para la iluminación de las conexiones históricas se hace necesario un cierto distanciamiento de las fuentes y que nosotros hemos de verificar muy cuidadosamente qué modelo general sobre el objeto a investigar se adecúa mejor al contenido, con todas sus consecuencias imaginables, de nuestras fuentes. La comprensión histórica, por ejemplo, de la estructura social en la Península Ibérica en época imperial romana no implica de ninguna manera la adición ni tampoco la valoración acumulativa de datos particulares cualesquiera y que nosotros debemos a esas 15.000 inscripciones y a las fuentes restantes; aquí se impone, cuando menos, un modelo ordenador, pues el conocimiento científico reside, al decir de Max Weber, y también en nuestra disciplina, en el «orden razonado de la realidad empírica»<sup>23</sup>. Al llegar a este punto hemos de preguntarnos solamente si ese modelo ha de ser extraído de las fuentes o, como quiere Hopkins, ha de buscarse básicamente en otra parte y completamente al margen de aquéllas. Nos vemos, así pues, obligados a entrar en la problemática del método y la teoría.

3

Si queremos aprovechar nuestras fuentes para la Historia necesitamos en cualquier caso un método histórico. Entendiendo por método científico un sistema de reglas y principios a los que nuestro pensamiento habrá de amoldarse en la búsqueda de nuevos conocimientos, resultará entonces que el método histórico no será otra cosa que aquel sistema de reglas y principios que nos posibilite, con ayuda de las fuentes, comprender el hecho histórico, los hechos particulares, sus relaciones más simples y los entramados más complejos. La controversia en el seno de una determinada ciencia sobre la cuestión de la metodología correcta constituye siempre un dato muy revelador sobre su grado de desarrollo y su capacidad de autocrítica; esto es lo que sucede en la actualidad con la Historia Antigua. Antes de nada ha de remarcarse que las acaloradas discusiones sobre metodología en nuestra disciplina a lo largo de los últimos decenios se han centrado en el tema de las posibilidades y límites de determinados métodos de investigación, que se habían desarrollado al enfrentarse cada cual con las fuentes antiguas y que, por decirlo así, habían surgido del interior de nuestra propia ciencia. En este sentido, resulta muy significativo el debate acerca del llamado método epigráfico-estadístico<sup>24</sup>, debate hoy ya extinguido; significativo porque los

<sup>23</sup> Max Weber, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, 2.<sup>a</sup> ed., Tübingen, 1951, pp. 150 y 160.

<sup>24</sup> Para un uso autorizado de este método, bautizado por K. Kurz un tanto erróneamente como «statistisch-epigraphische Methode» (más correcta sería la denominación «quantifizierende

partidarios de este método harían hoy un uso mucho más precavido del mismo que en la fase de euforia hace dos decenios, y por que, por lo demás, ha podido quedar patente que el material epigráfico, en combinación con las otras fuentes, es capaz de arrojar información muy valiosa para la historia demográfica y social. Lo que unía a defensores y detractores de este método era un mismo convencimiento de que la historia de la Antigüedad es cognoscible para nosotros por las fuentes y con la ayuda de los métodos descubiertos y desarrollados en el manejo de dichas fuentes; se discutía tan sólo si la utilización cuantitativa de las inscripciones era o no un procedimiento adecuado para ello. En términos parecidos se sigue planteando aún hoy la discusión sobre el método prosopográfico de investigación. Sus seguidores están persuadidos de que los datos sobre los individuos de las capas sociales dominantes nos dan una visión no sólo de la composición y estructura de dichos estratos sociales, sino también de los mecanismos sociales y políticos por los que tales personas han ascendido a los puestos dirigentes; bastantes representantes de esta corriente interpretativa llegan incluso a sostener que con la ayuda de las distintas noticias y datos sobre las relaciones personales y contactos de cada uno de estos personajes se puede desentrañar las motivaciones de su comportamiento político y de esta manera explicar la toma de decisiones y los acontecimientos de la vida política. Quienes adoptan una actitud más crítica rechazan sobre todo esta última postura; en realidad casi nadie duda de que sea enteramente posible conocer con las fuentes disponibles y los métodos de investigación de cuño propio la estructura de las élites antiguas o incluso el funcionamiento de la vida política en Grecia y Roma; la crítica iba dirigida tan sólo contra un determinado método con sus «payoffs and pitfalls»<sup>25</sup>.

---

epigraphische Methode»), véase esp. A. Mócsy, *Die Bevölkerung von Pannonien bis zu den Markomannenkriegen*, Budapest, 1959, esp. pp. 143 ss.; idem, «Provinzbevölkerung und ihre Inschriften (eine Erwiderung)», *Acta Arch. Hung.* 15, 1963, pp. 427 ss.; idem, *Gesellschaft und Romanisation in der römischen Provinz Moesia Superior*, Budapest, 1970, esp. pp. 261 ss.; G. Alföldy, *Bevölkerung und Gesellschaft der römischen Provinz Dalmatien*, Budapest, 1965, esp. pp. 17 ss.; G. Pereira Menaut, «Probleme der globalen Betrachtung der römischen Inschriften», *Bonner Jahrb.* 175, 1975, pp. 141 ss. Para una crítica de este método vide esp. E. Swoboda, *Gnomon* 34, 1962, pp. 387 ss.; K. Kurz, «Gnoseologische Betrachtungen über die sog. statistisch-epigraphische Methode», *Listy Filol.* 86, 1963, pp. 207 ss.; F. Vittinghoff, «Die innere Verfassung römischer Städte – Möglichkeiten und Grenzen der Epigraphik im Donauraum», en *Akten des VI. Internat. Kongresses für Griechische und Lateinische Epigraphik*, München, 1973, pp. 85 ss.; idem, «Zur römischen Municipalisierung des lateinischen Donau-Balkanraumes. Methodische Bemerkungen», en *ANRW*, II, 6, Berlin-New York, 1977, pp. 33 ss.; H. Wolff, «Zum Erkenntniswert von Namenstatistiken für die römische Bürgerrechtspolitik der Kaiserzeit», en W. Eck-H. Galsterer-H. Wolff (ed.), *Studien zur antiken Sozialgeschichte. Festschrift Friedrich Vittinghoff*, Köln-Wien, 1980, pp. 229 ss.

<sup>25</sup> El método prosopográfico moderno fue creado para el estudio de la república romana, básicamente con las obras de F. Münzer, *Römische Adelsparteien und Adelfamilien*, Stuttgart, 1920, y de R. Syme, *The Roman Revolution*, Oxford, 1939; para la aplicación de este método en la investigación sobre el Imperio, sentaron las directrices las obras de E. Groag, A. Stein, R. Syme, H.-G. Pflaum y E. Birley. Un empleo autorizado del mismo en la investigación sobre la república, puede serlo, B. Twyman, «The Metelli, Pompeius, and Prosopography», en *ANRW* I, 1, Berlin-New York, 1972, pp. 816 ss., y en la época imperial, G. Alföldy, *Konsulat und Senatorenstand unter den Antoninen. Prosopographische Untersuchungen zur senatorischen*

Ahora bien, fijándonos más detenidamente en la situación actual de la Historia Antigua, no hallamos el frente de discusión más importante en los citados casos. Esta se establece entre aquella mayoría de estudiosos que elabora su metodología, como siempre se ha venido haciendo, en el momento mismo de vérselas con las fuentes o al menos apoyándose desde un principio en ellas, y sus otros colegas, para quienes la cuestión del método no significa otra cosa que la aplicación de una teoría como modelo de investigación, esto es, una interpretación sistemática e independiente de toda época de los fenómenos económicos, sociales, políticos y culturales, que ha sido elaborada al margen de las fuentes de la Historia Antigua y la mayor parte de las veces es extraída de otras ciencias. La primera postura se remonta, en última instancia, al postulado de Ranke de intentar comprender el «wie es eigentlich gewesen» («cómo ha sido realmente»)<sup>26</sup> a base de un riguroso estudio de las fuentes dignas de crédito; es también la formulación de Theodor Mommsen de que la Historia como ciencia no es sino «la comprensión clara de los sucesos reales», que «consiste en parte en la búsqueda y clasificación de los testimonios a nuestro alcance y en parte también en la conexión de éstos de acuerdo con nuestro conocimiento sobre las personalidades influyentes y las condiciones del momento, para ser al final una exposición de causas y efectos»<sup>27</sup>. En la ciencia de la Historia Antigua de nuestra época esta corriente ha sido defendida de manera muy coherente por Sir Ronald Syme. Su método de investigación parte del rechazo de todo sistema metodológico que se base en teoría alguna: «To insist on “die gesunde Methode” is tedious. And it may be superfluous. Nor is the cult of methodology always a sign of strength»<sup>28</sup>. Sabido es que también para Syme la Historia es «not the mere collecting of facts: the exposition must be built up on some leading idea, or indeed on several, and be interpreted in their light»<sup>29</sup>. Pero esta idea ordenadora debiéramos extraerla de la Historia misma y no de una determinada teoría abstracta que siempre se obtiene de la filosofía, la sociología, la economía, etc. La Historia, según Syme, es inteligible en sí misma y su explicación racional es justamente su método, que radica simple y llanamente en la forma, el trabajo riguroso, la exactitud, la técnica de

*Führungsschicht*, Bonn, 1977, pp. 7 ss., y ahora K. Dietz, *Senatus contra principem. Untersuchungen zur senatorischen Opposition gegen Kaiser Maximinus Thrax*, München, 1980, pp. 24 ss. Para su crítica, véase especialmente W. Den Boer, «Die prosopographische Methode in der modernen Historiographie der Hohen Kaiserzeit», *Mnemosyne* 22, 1969, pp. 268 ss. = ΣΥΓΓΡΑΜΜΑΤΑ. *Studies in Graeco-Roman History*, Leiden, 1979, pp. 264 ss.; T. R. S. Broughton, «Senate and Senators of the Roman Republic: The Prosopographical Approach», en *ANRW* I, 1, Berlin-New York, 1972, pp. 250 ss.; T. F. Carney, «Prosopography: Payoffs and Pitfalls», *Phoenix* 27, 1973, pp. 156 ss.; A. J. Graham, «The Limitations of Prosopography in Roman Imperial History (with special Reference to the Severan Period)», en *ANRW*, II, 1, Berlin-New York, 1974, pp. 136 ss.

<sup>26</sup> Así en su prefacio a la *Geschichte der romanischen und germanischen Völker von 1494 bis 1514*, citado en F. Stern, *Geschichte und Geschichtsschreibung. Möglichkeiten, Aufgaben, Methoden. Texte von Voltaire bis zur Gegenwart*, München, 1956, p. 60.

<sup>27</sup> Th. Mommsen, *Reden und Aufsätze*, 3.<sup>a</sup> ed., Berlin, 1912, p. 10.

<sup>28</sup> R. Syme, *The Historia Augusta. A Call for Clarity*, Bonn, 1971, p. 5.

<sup>29</sup> R. Syme, *Roman Papers* (vide supra n. 19), I, p. 55.

composición y el estilo<sup>30</sup>. En realidad, de un modo de hacer la Historia sobre tales bases un teórico sólo puede decir aquello que P. Veyne comentaba acerca de M. Bloch, H. Pirenne y R. Syme: En las obras de estos grandes historiadores «par malheur, il n'y a que de l'histoire»<sup>31</sup>.

A los representantes de la otra concepción, que invoca gustosa la doctrina de Max Weber de los tipos ideales históricos y la de Sir Karl Popper sobre el método «deductivo», aunque en la práctica no valore los hechos de igual manera que éstas, una metodología como la comentada se les antoja irremediamente anticuada y a sus ojos abocada a naufragar ante las insuficiencias de las fuentes, de las que ni puede ni quiere separarse. K. Hopkins viene de nuevo en nuestra ayuda con una exposición muy clara de este punto de vista, que es también el suyo. En su libro «Conquerors and Slaves» concibe de la siguiente forma el sistema económico de la Roma primitiva<sup>32</sup>: Puesto que las fuentes son insuficientes, no ha de partirse de ellas, sino de un modelo teórico que encierre una hipótesis sobre el carácter de la economía romana primitiva; obviamente tal hipótesis debe ser desde el primer momento la más verosímil, con lo que su grado de verosimilitud no ha de medirse en función de las fuentes, sino por un mero cálculo de probabilidades. Según esto, habría que aceptar que para la Roma primitiva la producción se basaba primordialmente en el trabajo del pequeño campesinado en explotaciones familiares que a lo sumo podían garantizar el mínimo existencial a cada una de estas familias campesinas. Frente a todas las demás hipótesis posibles acerca del sistema económico de la Roma primitiva, sería ésta y sólo ésta aquella susceptible de acoplarse a un cuadro de conjunto coherente de la historia económica y social de la República. Las fuentes sirven únicamente para corroborar el modelo: Tomadas en sí mismas y por separado son del todo inservibles; en cambio reunidas actúan como «the wigwam argument: each pole would fall down by itself, but together the poles stand up, by leaning on each other; they point roughly in the same direction and circumscribe "truth"»<sup>33</sup>. Todo modelo explicativo teórico que observe en la investigación este tipo de arranque metodológico, suele ser obtenido prioritariamente de las ciencias sociales o de la historia de otras culturas y épocas, como podemos observar en el caso de Hopkins, quien de buena gana, y a menudo de forma muy instructiva, opera con argumentos sacados, por ejemplo, de la historia china; el modelo queda convertido así en una «metodología» abstracta y se aplica como un sistema de heurística, interpretación y descripción. No pocos investigadores presienten en ello la gran oportunidad para la Historia Antigua de ampliar y al mismo tiempo de objetivar nuestros conocimientos históricos.

<sup>30</sup> Sobre esto, véase G. Alföldy, *Amer. Journ. of Ancient History* 4, 1979, pp. 167 ss., especialmente pp. 174 s.

<sup>31</sup> P. Veyne, *Comment on écrit l'histoire? Essai d'épistémologie*, París, 1971, p. 135.

<sup>32</sup> K. Hopkins, *Conquerors and Slaves. Sociological Studies in Roman History* I, Cambridge, 1978, pp. 19 ss. Cf. mi recensión en *Gymnasium* 87, 1980, pp. 451 ss.

<sup>33</sup> K. Hopkins, *Conquerors and Slaves* I, p. 19.

Aquí se encuentran dos puntos de vista aparentemente irreconciliables. Pero en realidad la diferencia entre ambos no resulta tan abismal como pudiéramos pensar en un primer momento. A la Historia convencional se le ha reprochado con razón que su comprensión del fenómeno histórico era incompleta o incluso equivocada, toda vez que las fuentes nos suelen dejar muchas veces en la estacada o hasta nos confunden. Pero por otra parte también es cierto que con la aplicación de teorías generalizadoras y modelos abstractos nos amenaza un peligro parecido. La Historia no se repite nunca de forma invariable y las nociones de las ciencias históricas son más de naturaleza «idiográfica» que «nomotética». Esto lo había resaltado ya debidamente Max Weber, cuando en su conocido artículo sobre la objetividad recalca que el objetivo primordial de la ciencia de la Historia, con toda su preocupación «por el entendimiento de lo general, la acuñación de nombres genéricos y abstractos, el conocimiento de las constantes» y por la «formulación de conexiones “sujetas a leyes”», residía en último término en saber explicar la especificidad respectiva de cada uno de los fenómenos del pasado<sup>34</sup>. Entre los teóricos de la ciencia hoy día podríamos citar a Hermann Lübbe, quien en su estudio «Was heisst: “Das kann man nur historisch erklären?”» escribía que la ciencia de la Historia estaba llamada a aclarar «las condiciones únicas de un sistema dado, o por decirlo así, la individualidad de tal sistema entre otros comparables»<sup>35</sup>. Y bien, ahora nos preguntamos ¿qué queda realmente de todo ello, si a priori apartamos de nuestra consideración las fuentes contemporáneas, la única expresión superviviente de dicha individualidad, en favor de las generalizadoras «enseñanzas de la Historia», o en su caso de las afirmaciones nomotéticas de las ciencias sociales, o si a lo sumo atribuimos a aquéllas la función secundaria de cimentar la validez de un modelo teórico abstracto? Frente a este modo de proceder sigue vigente el dictum de Ranke: «De lo particular puedes siempre ascender con cuidado y audacia hasta lo general; de la teoría general no hay vía posible para la contemplación de lo particular»<sup>36</sup>. Hopkins, con todo, se ha hecho cargo honestamente de las debilidades de su método: «I have a picture of Rome in the early third century B.C.; it had a simple, relatively undifferentiated economy. If any evidence fits in with my view, I claim it as corroboration. Anything in the traditional history which does not fit in with this picture, I call anachronistic»<sup>37</sup>. Pero ¿se puede entonces decir realmente: «I see the danger, but can think of no better method»? Max Weber, cuyos tipos históricos ideales habían de funcionar tan sólo «como construcción ideológi-

<sup>34</sup> Max Weber, *op. cit.* (vide supra n. 23), pp. 178 ss. Para la significación de lo particular y lo general en la investigación histórica, cf. ahora, por ejemplo, K.-G. Faber, *Theorie der Geschichtswissenschaft*, München, 1971, pp. 45 ss.

<sup>35</sup> H. Lübbe, «Was heisst: Das kann man nur historisch erklären?», en Th. Schieder-K. Gräubig (ed.), *Theorieprobleme der Geschichtswissenschaft* (vide supra n. 6), pp. 148 ss., en particular p. 158.

<sup>36</sup> L. von Ranke, «Politisches Gespräch», en *Zur Geschichte Deutschlands und Frankreichs im 19. Jh. Sämtliche Werke*, 49/50, Leipzig, 1887, p. 325.

<sup>37</sup> K. Hopkins, *Conquerors and Slaves* I, p. 24, n. 32.

ca para medir y caracterizar sistemáticamente lo *individual*, es decir, las relaciones más significativas en su especificidad» y para quien la investigación se basaba en «los hechos empíricamente dados de la vida»<sup>38</sup>, o Popper, que pedía la «denuncia» de teorías con los datos presentes en las fuentes<sup>39</sup>, desarrollaron en realidad un método más perfecto. Permitásenos citar otra vez precisamente a Max Weber, a quien los partidarios de las teorías generalizadoras suelen recurrir tan gustosamente: «Nada es en efecto más peligroso que... la mezcla de teoría e historia, sea ello porque creamos haber fijado en las representaciones ideales de la teoría el “auténtico” contenido, la “esencia” de la realidad histórica, sea porque se llegue a utilizar dichas representaciones como un lecho de Procrustes en el que deba meterse a presión la historia, o bien sea, hipostasiando las “ideas” como realidad “en sí” subyacente a la corriente de los fenómenos, como “fuerzas” reales, que actúan sobre la historia»<sup>40</sup>.

Haciendo ahora abstracción de este fallo teórico en cualquier método «independiente de las fuentes», podemos observar que la diferencia entre el proceder de la investigación tradicional y «moderna» resulta en buena parte artificial y abstracta. ¿Se mantiene realmente en la práctica la diferencia entre ese investigador que parte sólo de las fuentes y aquel otro que lo hace desde la pura teoría? «The Roman Revolution» de Sir Ronald Syme se cimenta en un impecable análisis de las fuentes concernientes a cada uno de los componentes de la aristocracia romana desde el primer triunvirato hasta la muerte de Augusto. Esta obra magnífica podría valer como modelo de hacer historia inductivamente, arrancando de las fuentes y los hechos conocidos. Y sin embargo podemos leer al comienzo del libro algo muy significativo: «In all ages, whatever the form and name of government, be it monarchy, republic, or democracy, an oligarchy lurks behind the façade; and Roman history, Republican or Imperial, is the history of the governing class»<sup>41</sup>. Si bien aquí no encontramos ninguna teoría abstracta y sacada de otras ciencias, ese convencimiento del autor responde bastante en su función a un modelo teórico de investigación: Por él están condicionados en su obra el planteamiento general, el método, los resultados más importantes y no menos la narrativa. Y a la inversa, un investigador cualquiera que trabajase como K. Hopkins difícilmente partiría de la teoría pura y no contaminada por las fuentes. ¿Cómo es que llegó Hopkins a la idea tan obvia de que para la comprensión del sistema económico de Roma antes de las guerras púnicas resultaría como hipótesis más verosímil aquella sobreentendiese la existencia de una atrasada economía de subsistencia? Sería difícil negar que ello ha estado precedido por un estudio preliminar de las fuentes o al menos la consulta de la bibliografía especializada anterior, basada a su vez en aquéllas.

Con este ejemplo mencionado en último lugar podemos ilustrar también

<sup>38</sup> Max Weber, *op. cit.* (vide supra n. 23), p. 201, respectivamente, p. 190.

<sup>39</sup> K. R. Popper, *Logik der Forschung*, 3.ª ed., Tübingen, 1969.

<sup>40</sup> Max Weber, *op. cit.* (vide supra n. 23), p. 195.

<sup>41</sup> R. Syme, *The Roman Revolution*, p. 7.

otro punto débil de los nuevos métodos que rechazan como anticuada la obtención de conocimientos históricos a partir primariamente de las fuentes: A lo que hasta ahora se ha llegado en Historia Antigua con ayuda de esos nuevos métodos, tan traídos y llevados, apenas va más allá de confirmar ideas tenidas desde hace tiempo, de tal manera que tendríamos que preguntarnos si ese esfuerzo teórico merece realmente la pena. ¿Quién se ha imaginado seriamente el sistema económico de la Roma primitiva de forma distinta a la descrita por Hopkins? Igualmente todo lo que leemos en este autor acerca de las repercusiones de la expansión de Roma sobre su sistema económico y sobre la extensión de la esclavitud, por muchos diagramas y tablas que se nos presente, apenas constituye novedad alguna con respecto a lo que se sabía<sup>42</sup>. Y cuando el autor del mencionado libro «Imperiale Herrschaft und provinziiale Stadt» concluye, tras una larga discusión teórica, por ejemplo que los emperadores romanos favorecieron más a los estratos sociales superiores de las ciudades que a los inferiores<sup>43</sup>, ya no se trata entonces de saber si nos hallamos ante un nuevo conocimiento, sino simplemente si ese conocimiento histórico, hasta ahora derivado de las fuentes, se encuentra desde este momento más fundamentado que antes. Mucho me temo que sea para una metodología como esta que valga lo que Hopkins escribía acerca de los datos conseguidos en las fuentes: «At first, like alcohol, they stimulate, then depress»<sup>44</sup>. Por el contrario, han sido los grandes historiadores de nuestro siglo quienes sin mucha teoría y con una forma de trabajar muy «apegada a las fuentes» ampliaron decisivamente el horizonte de nuestros conocimientos históricos; y puede bastar con citar nombres como los de M. Rostovtzeff y A. Alföldi.

Con esto no se pretende afirmar que el empleo de teorías como modelos heurísticos o hipótesis de trabajo en el sentido de Max Weber o Popper tenga que ser algo inoperante en el campo de investigación de la Historia Antigua, ni siquiera que las nociones de las modernas ciencias sociales no sean aplicables a nuestra ciencia. El debate de los últimos años entre los investigadores sobre la peculiaridad de la estructura social en el Imperio Romano podría ser muy instructivo en este sentido. A pesar de las distancias existentes al llegar a las conclusiones, todos cuantos participaron en la polémica estaba de acuerdo en que para *este* tema de estudio los planteamientos, la terminología y numerosos conceptos de las ciencias sociales no sólo representan una importante ayuda, sino también, en este momento, el único camino prometedor para dar con el quid de la cuestión<sup>45</sup>. Y es que no

<sup>42</sup> Cf. asimismo Th. Pekáry, *Gött. Gel. Anz.* 233, 1981, pp. 207 ss., en particular p. 210.

<sup>43</sup> M. Stahl, *op. cit.* (vide supra n. 17), pp. 137 ss., especialmente p. 159.

<sup>44</sup> *JRS*, 68, 1978, p. 179.

<sup>45</sup> M. I. Finley, *Die antike Wirtschaft*, München, 1977, pp. 31 ss.; G. Alföldy, «Die römische Gesellschaft, Struktur und Eigenart», *Gymnasium* 83, 1976, pp. 1 ss.; idem, *Römische Sozialgeschichte*, 2.ª ed., Wiesbaden, 1979, pp. 83 ss., especialmente 130 ss., más recientemente en *Chiron* 11, 1981, pp. 169 ss., y en particular p. 206 ss.; F. Vittinghoff, «Soziale Struktur und politisches System der Hohen Römischen Kaiserzeit», *Historische Zeitschrift* 230, 1980, pp. 31 ss.; K. Christ, «Grundfragen der römischen Sozialstruktur», en W. Eck-H. Galsterer-H. Wolff (ed.), *Studien zur*

existe «el» método, sino que cada problemática científica exige un método propio; como ya señalaba Droysen: «Los métodos científicos son como los órganos de nuestra percepción sensorial: Tienen como cada uno de éstos su energía específica y un campo de acción determinado para el que están adaptados y según el cual se definen en su índole y utilidad. En verdad el ojo es un órgano admirablemente constituido para su finalidad, pero quién desearía que lo que uno sólo puede oír, oler o gustar fuese también percibido por la vista»<sup>46</sup>. En realidad el hombre se sentirá plenamente a gusto en su medio, por seguir con el símil de Droysen, tan sólo cuando todos y cada uno de sus órganos de la percepción funcionen; de manera parecida puede decirse de la Historia que se acercará al máximo a la realidad pasada cuando sepa combinar los diferentes métodos de investigación, como de forma modélica lo consiguieron hacer los historiadores ya mencionados M. Rostovtzeff y A. Alföldi. Los mantenedores de una metodología unidimensional debieran tomarse en serio lo que el último de éstos escribió sobre su disciplina: «En vano se toca magistralmente el violín si se han de interpretar sinfonías que están compuestas para docenas de instrumentos»<sup>47</sup>.

¿Qué se desprende de estas consideraciones? La carencia de fuentes adecuadas pone en muchos puntos de la Historia Antigua barreras infranqueables, y esas lagunas de nuestro material informativo no se podrán colmar con metodologías refinadas ni con teorías más o menos ingeniosas; método y teoría no pueden sustituir a las fuentes de que carecemos, sino a lo sumo pontear mal que bien las lagunas existentes. Sin embargo, esto no significa en manera alguna que el mundo antiguo, como totalidad y como fenómeno histórico y en tanto que proceso en el que convergen múltiples causas y efectos, quede vedado para nosotros. Ese fenómeno resulta en lo esencial comprensible y de hecho está siendo comprendido por la investigación. Aun cuando los contornos del cuadro son mucho menos nítidos y sus colores más uniformes que por ejemplo en el caso de la Historia Moderna y Contemporánea, tenemos la posibilidad, con la ayuda de las fuentes y los métodos, de hacernos una idea sobre la singularidad del mundo antiguo y sus caracteres definitorios, análogamente satisfactoria o insuficiente a la que disponemos de las épocas mejor documentadas de la Historia: De la misma manera que un retrato a lápiz a base de unos cuantos trazos y una fotografía con todo lujo de detalles pueden ser igualmente fidedignos o falsos. Sabemos considerablemente más de Napoleón que de Alejandro Magno; conocemos con mucha más exactitud el nacimiento del Imperio Británico que el del Imperio Romano; y de los sistemas totalitarios de nuestro siglo tenemos una idea incomparablemente más precisa que del Bajo Imperio. Ciertamente es lícito medir lo satisfactorio o insatisfactorio que son nuestros conocimientos no

*antiken Sozialgeschichte* (vide supra n. 24), pp. 197 ss.; F. Kolb, «Sozialgeschichtliche Begriffe und antike Gesellschaft am Beispiel der Hohen Kaiserzeit», en *Bericht über die 33. Versammlung deutscher Historiker in Würzburg* 1980, Stuttgart, 1982, pp. 131 ss.

<sup>46</sup> J. G. Droysen, *op. cit.* (vide supra n. 4), p. 18.

<sup>47</sup> A. Alföldi, *Antiquitas Hungarica* 1, 1947, p. 6; cf. *Gnomon* 53, 1981, pp. 413 ss.



tanto por la cantidad de datos y detalles obtenidos como por la forma, metodológicamente suficiente o insuficiente, en que hemos hecho uso de ellos para ofrecer una visión histórica global. Estoy convencido que la investigación hasta hoy día en Historia Antigua en líneas generales no ha captado peor de lo que era posible, con las fuentes disponibles y los métodos conocidos, el papel jugado por Alejandro Magno, el nacimiento del Imperio Romano o el fenómeno del Bajo Imperio. La tarea de la futura investigación consistirá por tanto en examinar a la luz de las fuentes y métodos nuevos los resultados ya obtenidos y, tras dicho examen, retomarlos, modificarlos o desecharlos, procurando siempre completarlos con nuevas aportaciones.

## 4

Puesto que la Historia Antigua con los métodos actuales se encuentra en situación de aprehender satisfactoriamente el fenómeno histórico de la Antigüedad, no debería ser necesaria la discusión de si les sigue el paso o no a las demás ciencias históricas. Me atrevo incluso a afirmar que el problema epistemológico fundamental en esta disciplina no constituye en absoluto un problema específico de la especialidad, derivado de una situación especial de la Historia Antigua en comparación con las otras ciencias históricas, sino que se trata de un problema hermenéutico general al cual se enfrenta toda ciencia de la Historia, sea cual sea la masa documental que maneje o el punto en que se halle la discusión en torno a la metodología. La clase de cuestiones por las que el historiador se interesa, el tipo de fuentes a las que con preferencia acude, la metodología que emplea y las respuestas que encuentra a sus preguntas, son cosas que no dependen de lo que el estado de las fuentes impone como realidad objetiva, por decirlo así. Antes bien, la atención de nuestra mirada inquisitiva está determinada de antemano por la idea general que cada uno se hace de la Historia, es decir, de cuáles son las fuerzas que básicamente dinamizan el proceso histórico, de qué es lo que realmente integra dicho proceso y de cuál es el sentido y el punto final del mismo. Para quien la Historia Antigua es básicamente la historia de las grandes personalidades individuales, como Pericles, Alejandro, César, Augusto, Constantino, etc., su imagen del pasado estará tan preconcebida como la de quien contempla la historia de la Antigüedad prioritariamente una sucesión de conflictos sociales. En todos los casos en los que tanto el planteamiento histórico, y con él las fuentes a tener en cuenta y los métodos a aplicar, como las mismas respuestas nos vienen fijados de antemano, es que detrás hay algo así como una teoría general de la Historia y a ese nivel podrá mantenerse siempre; en tales casos dicha teoría casi nunca se elabora en contacto directo con el objeto de investigación, sino que viene dada por las tradiciones, el ambiente, la educación y la propia experiencia histórica del investigador. Entre los historiadores alemanes esto ha sido muy bien puesto de relieve por H. Bengtson: «La consideración global del cuadro histórico descansa sobre la

base de una determinada visión del mundo que a su vez está sometida a cambios por las vivencias propias y ajenas. Una "ciencia sin supuestos previos" no existe dentro del campo de las ciencias del espíritu, no la puede haber, y mucho menos en el conocimiento e interpretación de los hechos históricos<sup>48</sup>. Y así topamos con el problema de la objetividad en las ciencias históricas: Historia como ciencia, o mejor dicho, Historia como producto de la ciencia, nunca es idéntica a aquella Historia que sucedió verdaderamente; la primera será siempre una reflexión sobre aquello que ha acontecido, en palabras de Droysen, «nunca el total de los hechos acaecidos, el desarrollo de todas las cosas, sino un saber sobre lo acaecido y lo acaecido así sabido»<sup>49</sup>. ¿Quiere decirse con ello que no podremos entender con objetividad el hecho histórico antiguo, pues cada historiador o cada generación nueva de historiadores considera siempre la Historia de la Antigüedad desde una nueva perspectiva y cada cual subjetiva?<sup>50</sup>.

De todos es sabido que en este sentido se dan dos posturas contrapuestas. Unos, en la línea de Droysen o Max Weber, defienden la existencia o la posibilidad de una ciencia objetiva de la Historia, mientras que otros, remitiéndose a Benedetto Croce o a Robin George Collingwood, la rechazan<sup>51</sup>. Para la Historia Antigua esta disputa parece fútil a primera vista, ya que el problema de la objetividad en nuestro saber no ha impedido a las sucesivas generaciones entregarse con afán a su trabajo; incluso Collingwood, el hermeneuta escéptico, no dejó por esto de dedicar sus fines de semana, tras ocupar los otros días con la filosofía, a recopilar las inscripciones romanas de Britania con vistas a su publicación. Pero no debiéramos menospreciar en absoluto las consecuencias indirectas de esta discusión para nuestra disciplina, entre cuyos representantes ha pasado mayormente desapercibida. En ese pragmatismo muy extendido especialmente en las investigaciones de Historia Antigua, con el peligro de «contentarse en un sentido positivista con la ya de por sí difícil constatación de los hechos»<sup>52</sup>, con la limitación del análisis a la inmediatez reconocible, a lo concreto e incuestionable, se puede observar con demasiada frecuencia el reflejo inconsciente de aquel escepticismo hermenéutico. ¿No se oye a menudo entre representantes de la Historia Antigua que las interrelaciones históricas más complejas, como, por ejemplo, las causas de la crisis del Imperio Romano, no son en última instancia aprehensibles

<sup>48</sup> H. Bengtson, *Einführung in die Alte Geschichte*, 7.ª ed., München, 1975, p. 2.

<sup>49</sup> J. G. Droysen, *op. cit.* (vide supra n. 4), p. 325.

<sup>50</sup> En esta cuestión agradezco los estímulos e importantes sugerencias de mi colega de Heidelberg, D. Junker, y concretamente sus artículos «Was kann Objektivität in der Geschichtswissenschaft heissen, und wie ist sie möglich?», en colaboración con P. Reisinger, en Th. Schieder-K. Gräubig (ed.), *Theorieprobleme der Geschichtswissenschaft* (vide supra n. 6), pp. 420 ss., y «Wahrheit in der Geschichtswissenschaft», en W. Conze-K.-G. Faber-A. Nitschke (ed.), *Funk-Kolleg Geschichte*, Frankfurt, 1981, vol. 2, pp. 398 ss. Véase también, por ejemplo, K.-G. Faber, «Objektivität in der Geschichtswissenschaft?», en J. Rüsen (ed.), *Historische Objektivität. Aufsätze zur Geschichtstheorie*, Göttingen, 1975, pp. 9 ss.

<sup>51</sup> Véase un recuento de la bibliografía fundamental en D. Junker-P. Reisinger, en Th. Schieder-K. Gräubig (ed.), *op. cit.* (vide supra n. 6), pp. 421 ss.

<sup>52</sup> Th. Schieder, *op. cit.* (vide supra n. 6), p. 366.

objetivamente y que por ello debiéramos limitarnos a los hechos más seguros? Pero por otra parte, la creencia en la objetividad del conocimiento histórico puede conducir a posiciones ideológicas fijas, desde las cuales quede incomprendida la realidad histórica. Quien quiera desarrollar hasta sus últimas consecuencias una teoría de la Historia no le cabrá más remedio que establecer para ello un punto de partida al margen de la ciencia histórica. Tal es en definitiva el presupuesto epistemológico de fondo en todas las concepciones históricas deterministas, como pongamos por caso las del marxismo y estructuralismo; la Historia no se concibe entonces como un proceso impredecible y único en cada caso, sino como una realización de leyes invariables, que puramente no nos vienen dadas por la Historia, sino pro otras ciencias. Debíamos por eso cobrar conciencia de en qué medida las obras de Historia Antigua, aunque sea casi siempre de forma inconsciente, están influidas en su determinismo por los sistemas de conocimientos expuestos en conocidos trabajos marxistas o de orientación estructuralista.

¿Hay o no por tanto una Historia Antigua que comprenda verdaderamente el fenómeno histórico? Mucho me temo que no sea tan fácil dar respuesta a esta pregunta como lo es el hacérsela. Ante todo convendría separar los distintos niveles en el conocimiento histórico<sup>53</sup>. En los hechos y datos concretos podremos penetrar perfectamente, puesto que con ayuda de las fuentes y la aplicación de nuestros métodos de investigación son verificables siempre, pero naturalmente siempre que así lo sean; no hay que pensar sino en los numerosos datos que un investigador infatigable como H.-G. Pflaum ha descubierto sobre los procuradores del orden ecuestre, a base de fuentes literarias y fundamentalmente epigráficas, o sobre la historia de este orden, de la administración del Imperio Romano y de la política de los emperadores, aplicando en tales casos un método prosopográfico muy acabado<sup>54</sup>. Cuanto mayor sea el número de noticias de que dispongamos a este nivel concreto, tanto mejor será para el avance de la investigación. Por citar de nuevo a Th. Schieder, «no se puede negar en ningún caso a esta obtención de datos su legítima aspiración a ser la condición imprescindible de toda síntesis, puesto que los ensayos de síntesis deben someterse desde un principio a un control factual»<sup>55</sup>. H.-G. Pflaum ha expresado esto mismo a propósito de su propia ciencia, aunque de manera muy distinta y con su estilo inconfundible: «Nuestra epigrafía va paso a paso, rara vez arroja nuevos y sensacionales datos, sino que en la mayor parte de los casos amplía tan sólo un pequeño trocito de nuestros conocimientos. Pero el ganado menor también produce estiércol y así, poco a poco, avanzamos tantísimo»<sup>56</sup>.

<sup>53</sup> Cf. G. Alföldy, en *Probleme der Geschichtswissenschaft* (vide supra n. 2), p. 31; cf. sobre ello, R. Günther, *op. cit.* (vide supra n. 2), p. 22.

<sup>54</sup> Véase especialmente H.-G. Pflaum, *Les procurateurs équestres sous le Haut-Empire romain*, París, 1950; ídem, *Les carrières procuratoriennes équestres sous le Haut-Empire romain I-IV*, París, 1960-1961; ídem, *Abrégé des procurateurs équestres*, París, 1974.

<sup>55</sup> Th. Schieder, *op. cit.* (vide supra n. 6), p. 366.

<sup>56</sup> Citado en *Gnomon* 52, 1980, p. 206.

Pero está claro que la tarea del historiador no radica exclusivamente en la recopilación de hechos y datos. Se impone una identificación de sus relaciones mutuas precisamente para desentrañar el hecho histórico, es decir, para explicar lo acaecido como una concatenación de causas y efectos y bajo los presupuestos de la época dada. Estas relaciones mutuas pueden observarse bien en forma horizontal, como situaciones históricas, o bien en forma vertical, como procesos; así, por seguir en el campo de trabajo principal de H.-G. Pflaum, se trataría del estudio de cuestiones tales como la posición de los primeros equites dentro de la élite política del Imperio Romano por su función y rango, o desde otra perspectiva del ascenso progresivo de esos mismos equites hasta dicha élite político-militar del Imperio<sup>57</sup>. Difícilmente habría quien sostuviese seriamente que nuestras nociones sobre este tipo de situaciones y procesos históricos son de naturaleza puramente subjetiva (por ejemplo la idea de que los equites dirigentes se diferenciaban mínimamente de los senadores en función y rango, o la de que la relevancia de este grupo de personas se incrementó ininterrumpidamente desde Augusto, hasta que dicha élite alcanzó con Septimio Severo y sobre todo con Galieno una posición decisivamente importante). También aquí resta la posibilidad de comprobar tales afirmaciones gracias a una serie de datos que están perfectamente atestiguados en las fuentes y que además pueden ser completados, aunque no sustituidos, con distintos métodos —por cierto sacados hasta ahora de las fuentes— y con la ayuda de teorías sistemáticas sobre dominación y cambio social. Es del todo evidente que a la hora de emitir un juicio global sobre estos entramados históricos la posición del investigador jugará un papel más importante que en el proceso de obtención de los datos particulares: Qué significación adjudica aquél a una aristocracia en el marco de un sistema estatal monárquico, o de qué manera evalúa en general el papel de una nobleza reclutada no según el principio del nacimiento, sino del mérito, y sobre todo a qué tipo de factores históricos atribuye él la renovación y el cambio de la élite dirigente en un imperio mundial, son cuestiones que ese investigador no resolverá únicamente a partir de las fuentes, sino llevado de su propia idea de la Historia.

Más ostensible se hará el peso que ejerce esa idea de la Historia cuando nos enfrentamos al estudio de los entramados históricos más complejos, como el Estado, la economía, la sociedad, la cultura, es decir, sistemas globales con las estructuras que les sirven de base y que también pueden ser considerados transversalmente o longitudinalmente, tanto en su permanencia como en su procesualidad. Nuestros conocimientos sobre este tipo de entramados históricos han de basarse en el conocimiento de las conexiones históricas más simples, tales como los que señalábamos con el ejemplo de los caballeros más destacados; así nuestras nociones sobre los entramados históricos más complejos tienen que ser y pueden ser reducidas al final a

---

<sup>57</sup> Cf. sobre ello G. Alföldy, «Die Ritter in der Führungsschicht des Imperium Romanum», *Chiron* 11, 1981, pp. 169 ss.

hechos y hasta cierto punto «objetivadas». Que ello, sin embargo, sólo sea posible en parte, es algo que salta a la vista. Ciertamente nadie afirmaría hoy que el Imperio Romano constituía una democracia o que la crisis del mismo fue debida a un movimiento democrático; contra ello resultan demasiado evidentes tanto los hechos conocidos como las conexiones más simples que sin dificultad podemos establecer entre ellos. Sin embargo, la forma que tomaban las relaciones de los grupos sociales particulares entre sí y frente al emperador de Roma, o las razones y consecuencias de su transformación con el paso de los siglos, son cuestiones que los historiadores del futuro, como ocurre hoy, enjuiciarán de maneras muy distintas y en consonancia siempre con sus criterios sobre el Estado y la sociedad en el pasado y en su propio presente. Pero para entonces nada habrá cambiado, y desde luego con menos razón que ahora, si dichos investigadores fundamentaran su teoría general de la Historia no en el propio saber histórico, sino en cualquier otro del resto de las ciencias.

Con todo, sería inexacto formular el resultado de estas reflexiones en los siguientes términos: Cuanto más simple sea el objeto de investigación histórica, tanto más fácilmente podremos comprenderlo con exactitud, y cuanto más ambicioso sea nuestro proyecto de investigación, tanto más subjetivos serán nuestros conocimientos. Como ya dijimos, tal como se la representa el historiador, la Historia nunca es idéntica a lo que ha acontecido realmente. Pero al mismo tiempo tampoco podríamos dudar de que efectivamente se ha producido un avance en nuestro saber, y no sólo por la obtención de más y más datos, sino también por nuestro conocimiento creciente de las relaciones más simples y más complejas entre los hechos históricos, aproximándonos así de generación en generación, con muchos rodeos, extravíos y contratiempos, a esa comprensión del hecho histórico, del «cómo ha sido verdaderamente». Es por tanto posible que nuestro cuadro sobre la significación y la historia de la élite dirigente de los caballeros en la Roma de los Césares todavía estén lejos de la auténtica verdad; pero nadie puede negar que desde O. Hirschfeld y A. Stein estamos mucho mejor informados sobre dicha problemática que las generaciones precedentes, que desde los trabajos de Pflaum disponemos de una idea considerablemente más precisa que la de los tiempos de Hirschfeld o Stein y que desde entonces la investigación prosigue hacia adelante<sup>58</sup>. De igual forma podemos decir que cada una de las concepciones sobre las causas y la especificidad de la crisis del Imperio Romano, desde Eduard Gibbon hasta estudios actuales, pasando por M. Rostovtzeff y A. Alföldi, no sólo es respectivamente diferente, sino también comparativamente más exacta. En otras palabras: Objetividad total o saber absoluto no existe en nuestra ciencia, como tampoco en las demás; pero el conocimiento objetivo del hecho histórico resulta posible al menos en

---

<sup>58</sup> Cf. O. Hirschfeld, *Die kaiserlichen Verwaltungsbeamten bis auf Diokletian*, 2.ª ed., Berlin, 1905, y A. Stein, *Der römische Ritterstand*, München, 1927; sobre la investigación ulterior, véase notas 54 y 57.

un marco fragmentario y de forma aproximativa, y este conocimiento objetivo se caracteriza por un avance permanente. Así pues, no existe razón alguna para temer que este progreso de nuestra ciencia se vaya a interrumpir en nuestra generación.

Muy al contrario. La conclusión más importante de todas estas consideraciones debiera ser la de que nosotros estamos precisamente llamados a profundizar en la investigación, a comprender más exactamente el hecho histórico, si tal cosa fue posible también para nuestros predecesores. Justamente porque estoy convencido de que se está dando una aproximación cada vez más perfecta en nuestro saber sobre la Historia Antigua a la historia real de la Antigüedad, creo que las palabras de J. Ortega y Gasset siguen hoy vigentes: «La idea del progreso, que ha diferido la verdad hasta un mañana indeterminado, fue el opio adormecedor de la humanidad. Verdad es lo que ahora es verdad y no lo que sea descubierto en un futuro indeterminado»<sup>59</sup>. En qué consistió la crisis del Imperio Romano y a qué causas hay que atribuirla, es algo que nosotros hemos de indagar con las fuentes hoy por hoy a nuestra disposición, con nuestros propios métodos de investigación y naturalmente también bajo las impresiones de nuestra propia experiencia histórica; no hay por qué dejar para las generaciones venideras esta tarea, por más que alguna de ellas, en un futuro indeterminado, llegue a disponer de otras fuentes y otros métodos y acaso también de una experiencia histórica especialmente favorable. Nosotros tenemos la deuda, primero ante nuestra generación, de ensanchar su horizonte histórico, pero también ante las generaciones del futuro, que sólo podrán avanzar en el estudio del pasado si cuentan con los trabajos y resultados de sus predecesores, como en definitiva también hemos contado nosotros.

## 5

El punto de vista que hemos venido sosteniendo sobre los objetivos de la Historia Antigua puede que esté pasado de moda; pero con ello no se estaría haciendo ni con mucho un verdadero juicio estimativo, pues la tarea de la ciencia no consiste en modo alguno en buscar lo nuevo, sino más bien en dar con lo verdadero, y lo verdadero puede hallarse en lo ya encontrado, que nosotros habremos de preservar e interpretar conforme a las exigencias de nuestro tiempo. Es ésta una postura que de ninguna manera considero anticuada, pues por el mero deseo de aprender algo nuevo no acabo de ver más justificada que las demás ninguna posición teórica, ni tampoco ningún determinado tipo de investigación en Historia Antigua. Por ello, si un estudiante me preguntase qué podría hacer él como historiador de la Antigüedad, siendo como son las fuentes insuficientes y unilaterales, nuestros

---

<sup>59</sup> J. Ortega y Gasset, *Geschichte als System und über das römische Imperium*, Stuttgart-Berlin, 1943, p. 28.

métodos limitados y estando a priori contaminada nuestra idea de la Historia por factores extraños, le contestaría de la siguiente manera: Estudie usted muy meticulosamente las fuentes existentes y procure también, cuando ello sea posible, facilitar otras nuevas; sea usted metodológicamente exigente y flexible y tome conciencia de lo que es para usted la Historia. Pero sobre todo efectúe siempre un trabajo de investigación sólido; así y solamente así podrá descubrir por sí mismo qué supone un nuevo descubrimiento del fenómeno histórico, cómo se ha llevado a efecto y hasta qué punto le satisface. En ese estar al corriente de las líneas de investigación, conocer sus puntos de partida, su curso actual y en contribuir, aunque sólo sea en pequeña medida, a determinar su dirección futura, ahí radica no sólo la tarea de cada generación de investigadores, sino en último término de cada científico en particular.

